



Un hallazgo sensacional en Nubia: versos nuevos de Cornelio Galo

Por Manuel FERNANDEZ GALIANO (*)

Por todos los manuales de historia de la Literatura se viene paseando desde hace siglos este personaje tan famoso como fantasmal: por una parte, en *La littérature latine inconnue*, el excelente libro dedicado en París, 1952-1956, por mi amigo Henry Bardon a los 628 autores latinos de los que no se conserva nada o casi nada, frente a solamente 144 representados por una o más obras, Galo recibe nada menos que, aparte de varias menciones, las págs. 34-44 del volumen II; por otra, el erudito francés anota que en ese momento la posteridad no cuenta más que con un solo texto de Galo, el que puede leerse en la página 99 de la colección de fragmentos líricos de Morel, 26 letras, cinco palabras, un pentámetro,

uno tellures diuidit amne duas

con sola su corriente dos tierras separa

(advertiré de una vez para siempre que mis traducciones de versos aparecerán en el método rítmico que aprendí del llorado don José Manuel Pabón y que he adaptado y utilizado, por ejemplo, en mi edición bilingüe de Columela y en mi versión de los epigramas helenísticos).

Se trata de una alusión al Hípanis, río del Cáucaso en que solía fijarse el límite entre Asia y Europa, y este rebuscado cultismo situaba ya a Galo en el ámbito de la refinada y oscura poesía alejandrina de que fue buen representante, en los años 275-200 antes de Jesucristo (en lo sucesivo únicamente indicaré como tales las fechas de la era cristiana), Euforión, nativo de la eubea Calcis, al que, por cierto, ha dedicado una bella edición (Madrid, 1976) un muy querido antiguo alumno mío, Luis Alberto de Cuenca, por quien citaré al griego.

Allí leemos, por ejemplo, un hexámetro no carente de belleza (fr. 68 C.),

solo el Cocito lavó las heridas de Adonis.

El amante de Afrodita, cruelmente herido por un jabalí, encuentra paz y purificación en las aguas

infernales. Pues bien, una muestra entre otras tantas de la afición a Euforión de la elegía latina está en la imitación que, como veremos, hace Propercio de este fragmento precisamente en un pasaje destinado a honrar la muerte de Galo, no menos lamentable que la del hijo de Cíniras.

Naturalmente, Euforión no era más que un nombre para Galo y los suyos: no sucedía lo mismo con otro escritor griego, Partenio de Nicea, representante tardío del gusto alejandrino, que en el año 73 llegó a Roma como prisionero con ocasión de la tercera guerra mitridática y tuvo la suerte de pasar a poder no sabemos si del poeta Cinna o de su padre. Y aquí entra turbulenta en escena un grupo de importantes escritores. Bardon, un poco proustianamente (no le falta más que decir *du côté de...*) agrupa a los literatos de la última época republicana *autour de Cicéron, de César et de Salluste, de Varron, de Lucrèce* y, claro está, de *Catulle*. Junto a éste aparecen entre otros Marco Furio Bibáculo, nacido el 103; Publio Valerio Catón, del que hablaremos al final, cuyo nacimiento se sitúa hacia el 90; el genial Cayo Valerio Catulo, único cuya obra se ha conservado y cuya vida cabe localizar entre el 87 y el 54; el quizá no menos grande Cayo Licinio Calvo; Quinto Cornificio, muerto por sus soldados amotinados el 41; y el presunto dueño de Partenio, Cayo Helvio Cinna, que fue asesinado el 44 con ocasión de los funerales de César. El grupo constituyó una gran renovación de los aires un tanto rústicos y tiesos de las Letras romanas: los *neóteroi*, que así se les llamó con palabra apropiadamente tomada al griego, o *poetae noui*, con su juvenil y turbulento *Sturm und Drang*, su audacia, su modernismo; su gusto por lo extraño, complicado y barroco; su afán de exotismo centrado en los precedentes helenicos y no sólo helenísticos, su sentimentalismo a veces morboso, su equilibrio inestable entre la seriedad apasionada y el amor frívolo abrieron, no

* Catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid.

hay duda, cauces extraordinarios en la literatura y la lengua latinas. Pues bien, Partenio, autor de unas *Metamorfosis* y de varios epilios y epicedios, cayó bien en el círculo de Helvio y sus amigos y debió de influir mucho sobre ellos. También, claro está, sobre el joven Galo, cuyas fechas veremos luego y que pertenecía a la nueva tendencia: sabemos que Partenio le regaló y dedicó una colección, que se nos ha transmitido, de *Historias de amor apasionado*, en prosa griega, para que el romano las utilizara como base para elegias y poemas de más aliento, pues el cautivo de Nicea confiesa envidiar a su amigo el genio sublime, *tò perittón*. Esta influencia venía a sumarse a la ya mencionada de Euforión. Servio (*Ecl.* VI 72) dice que Galo *transtulit in sermonem latinum* los poemas euforionios: ello no indica una traducción en sentido propio, sino un mero influjo; y, por otra parte, cuando el mordaz Cicerón, tradicional en sus preferencias poéticas, defiende al vetérrimo Ennio en sus *Tusculanas*, del año 45-44, aunque sea despreciado por esos eternos imitadores de Euforión, *quamquam ab his cantoribus Euphorionis contemnitur*, posiblemente no se refiera aún al demasiado joven Galo ni menos a Virgilio, no tan neotérico como sus antecesores, sino a los miembros mayores de la escuela que habían sobrevivido a Catulo y Calvo.

...

Ahora bien, lo más curioso de esta figura es que exista tal distancia entre sus pragmáticas y técnicas actividades político-militares y el delicado y nebuloso toque de sus cantos. Y, si a esto añadimos los sabrosos pormenores de un amor contrariado, una vida corta y una muerte trágica y tal vez injusta, sazonado todo ello nada menos que con inmortales versos de Virgilio, aquí están ya completos los ingredientes de una verdadera leyenda romántica.

Cayo Cornelio Galo, de origen muy humilde, quizá hijo de un liberto, nace el 70 ó 69 en lo que a partir del 35 iba a ser la colonia de *Forum Iulii*, la actual Fréjus, ciudad del sur de Francia. Anticipemos de paso que nada tiene que ver *Gallus*, el viejo *cognomen*, con los Galos de aquella región y señalemos que, en el obelisco de que luego hablaremos, se jacta de haber aliviado su probable nostalgia de sus tierras natales con la creación de otro *Forum Iulium*, pero esta vez nada menos que un gran foro en la no menos grande Alejandría.

Hacia el 43 anda ya por Roma, codeándose con lo mejor de la urbe en sus estudios literarios: el futuro Augusto y Virgilio, su amigo desde entonces, están en ese selecto grupo de escolares. El 42 le encontramos por el norte de Italia. Los hechos son famosos, aunque distan de estar totalmente clarificados. El año anterior Octavio, Marco Antonio y Lépido se han constituido en *triumviri rei publicae constituendae* (el anterior primer triunvirato, de César, Pompeyo y Craso, no fue una magistratura legal, sino una asociación de amigos) y han creído con demasiado optimismo que les serían fáciles medidas tan drásticas como el reparto de pingües terrenos de unas veinte ciudades de la Galia cisalpina o traspadana, al norte de Italia, entre los veteranos que les habían apoyado. Los perjudicados pusieron el grito en el cielo, entre ellos el joven Publio Virgilio Marón (70-19), mantuvo que con sus amigos cremoneses, el citado Furio Bibáculo y Quintilio Varo componía otro activo grupo literario. Se hizo, pues, preciso nombrar un pequeño triunvirato *agris diuidendis*, grupo de tres personas que llevaran a cabo

por las buenas o por las malas la necesaria e impopular reforma agraria. En la comisión estaban Cayo Asinio Polión, otro militar y literato (76-4 d. J.C.), que el 40 iba a ser cónsul y destinatario de la excelsa IV égloga de Virgilio, quien le cita también en III 84 y alude a él en VIII 6-10; otro Varo, que probablemente no es el citado Quintilio, sino Quinto Alfenio Varo, amante de la poesía; y, finalmente (cf. *Serv. Ecl.* VI 64), nuestro ya amigo Cornelio Galo. Un triunvirato tan literario es lógico que simpatizara con el gran poeta, no obstante lo cual hubo muchas incidencias, que aquí serían largas de contar y que cualquier edición de las *Bucólicas* refiere en las introducciones de I y IX: Virgilio/Titiro consiguió una compensación mayor o menor por sus tierras confiscadas y, lo que vale más, aquella alma noble guardó eterno agradecimiento a sus relativamente eficaces amigos. De Polión ya hemos hablado; a Galo y Varo nos referiremos por menudo.

Desaparecido de la escena Marco Emilio Lépido en el 36, era ya solamente cuestión de tiempo la contienda entre Octavio y Antonio, y nada nos sorprende encontrar a Galo, amigo del primero como dijimos, a su lado en la guerra del 32-31 que culminó en la derrota antoniana de Accio. Dión Casio (II 9, 15) nos muestra a Cornelio asediado por Antonio en la ciudad libia de Paretonio y vencido, no obstante, con ardides como sofocar su voz con el ruido de las trompetas cuando el ex triunviro se disponía a arengar a posibles simpatizantes suyos u obturar la entrada al puerto con cadenas ocultas. Tiene, pues, cierta lógica (cf. LI 71, 1, *Estr.* VIII 9 y *Serv. Ecl.* X 1) que Octavio le confiriera el año 30 un puesto tan importante como el de primer prefecto de la recién conquistada Egipto.

Y así empezó el desastre. El advenedizo Galo, puesto al frente de uno de los países más viejos y ricos del mundo, perdió la cabeza. No es que sepamos claramente lo que hizo, pero algo deducimos. Existe, por ejemplo, la inscripción (*CIL* III 14147, 5) en egipcio, griego y latín erigida el 15 de abril del 29 en la lejana isla de Filas, vecina a Elefantina, al pie de la primera catarata, donde se cantan las hazañas del propio general; dice también Dión Casio (LIII 23, 5-24, 1) que llenó de estatuas suyas Egipto y que, como si fuera un Faraón, dejó su nombre en antiguas pirámides; y lo mismo hizo, según se vio antes, en el obelisco que ahora preside la plaza de San Pedro en Roma. Todo esto tenía por fuerza que molestar al susceptible Octavio como a muchos compatriotas suyos; pero además debieron de producirse imprudencias verbales que agravaran la situación. Según Dión Casio, se ensoberbeció ante su nueva dignidad y empezó a delirar y a decir tonterías.

En efecto, cuando, pudiéndose ya nuevamente hablar de él, empezaron sus admiradores a celebrarle discretamente, tenemos, aparte de lo que luego veremos que dice Propertio, dos apologías significativas de Ovidio.

En una de ellas, primera aparición aquí de la famosa Licoris, leemos (*Tr.* II 445-446):

*Non fuit opprobrio celebrasse Lycorida Gallo,
sed linguam nimio non tenuisse mero.*

No fue el cantar a Licoris oprobio de Galo,
sino que el mucho vino desató su lengua.

Y en *Am.* III 9, 63-64 se le anuncia que también él acudirá a la llamada ovidiana:

*Tu quoque, si falsum est temerati crimen amici,
sanguinis atque animae prodige, Galle, tuae.*

También tú si falso es que jamás a tu amigo ofendiste,
joh, Galo, tan pródigo de tu sangre y tu alma!

Imprudente, charlatán, mal bebedor, pródigo de sí mismo y sus dones y grandísimo poeta: presa fácil, pues, para la envidia y el rencor. Suetonio (*Aug. LXVI 2*) y Dión Casio en el lugar últimamente citado coinciden más o menos, aunque el primero dé una nota de conformismo cortesano al señalar como causa de la persecución de Galo su *ingratum et maluolum animum*. Surgió el inevitable traidor, un tal Valerio Largo, su amigo íntimo, ante cuyas denuncias Galo fue destinado y privado del acceso a Roma y las provincias imperiales; pero esto no bastaba a sus detractores.

Vinieron más acusaciones y un senatoconsulto condenatorio. El prefecto debió de temer lo peor. Hasta hace muy poco no teníamos detalles sobre esta etapa, pero ahora parece que podemos basarnos en una ingeniosa sugestión de nuestro buen amigo Max Treu, que, en su artículo *Nach Kleopatras Tod* (*Chiron* III 1973, 221-233), ha interpretado el fragmento narrativo del Pap. Ox. 2820 como referente a las actividades de Galo. Es verdad que su trabajo tropezó con el escepticismo de N. Lewis, quien (*P. Oxy. 2820: Whose Preparations?*, en *Gr. Rom. Byz. St. XVI* 1975, 295-303) piensa más bien en la expedición contra la Arabia Feliz que preparó Elio Galo, sucesor de su tocayo en el cargo; pero, después de los argumentos positivos de W. Luppe (*POxy. 2820. Ein Bericht über die politische Tätigkeit des Cornelius Gallus?*, en *Arch. Papyrusf. XXVI* 1978, 33-38) creo que queda bastante sentado (traducimos el texto casi al pie de la letra) que Galo proyectó la defección si el César le hacía acudir a Roma con la intención que podía suponerse; y por ello mandó fabricar más armas de las necesarias; puso en funcionamiento la flota de Cleopatra, que, como es natural, había quedado desatendida después de su derrota; estableció guarniciones en los accesos del país y quiso sin éxito reclutar a gentes de Tebas, que tenían fama de buenos militares. Pero todo esto debió de resultar ineficaz y Galo, al ver que no le quedaba más salida que el suicidio, se dio, antes de morir, el gusto de recordar cómo le habían adulado quienes ahora le perseguían; mientras que el futuro Augusto, después de alabar calurosamente *pietatem tantopere pro se indignantium*, la piedad de aquellos que tomaban tan a pecho el indignarse por las ofensas hechas a su amo, se quejó, echándose a llorar hipócritamente, de su propia suerte, *uicem suam conquestus est*, porque su carácter demasiado sentimental le vetaba el reaccionar con la debida ira contra los pecadores nefandos como su antiguo condiscípulo Galo, *quod sibi soli non liceret amicis, quatenus uellet, irasci*.

Esto sucedía el año 26: Galo tenía 43 ó 44. La adulación cortesana impuso en seguida, como un tupido velo, la *damnatio memoriae*, que iba a tardar bastante en relajarse. Hay una falsa anécdota al respecto. El leal Virgilio (cf. *Serv. Ecl. X 1, Georg. IV 1*) había rematado sus *Geórgicas* con un elogio de Cornelio Galo; Octavio le obligó a suprimirlo; el poeta, con sutil y delicada venganza, puso a cambio de él la historia de Aristeo como clandestino homenaje a quien la había tratado en un epilio. Esto es prácticamente imposible, pues el futuro emperador debió de conocer la obra entera ya el 29, tres años antes de la caída del prefecto; pero no deja de ser hermoso.

. . .

La crítica ha sido prácticamente unánime a la hora de calificar lo poco que hasta ahora se conocía de Galo: un importante representante de la poesía de transición entre el *élan* inmaduro y a veces anárquico de los neotéricos y la bien estructurada y magnífica elegía romana, uno de los monumentos más extraordinarios dejados por aquel pueblo, y ello de forma tanto más meritoria cuanto que, a diferencia de lo ocurrido en otros casos, se superó ampliamente al elemento griego predecesor, la elegía helenística, tan ayuna casi siempre de valores humanos. Los cuatro libros de elegías de Galo, conocidos quizá de modo más o menos general con el título común *Amores*, según se deduce de *Virg. Ecl. X 53-54*, serían, pues, en opinión de Quintiliano (*Inst. X 1, 93*), un precedente *duriar*, esto es, relativamente duro o inhábil por falta de experiencia, para las sublimes creaciones posteriores.

La cronología aparece perfectamente delineada en el más joven de los elegiacos: después de Catulo, Virgilio y Galo, cuyas fechas se han visto arriba, vienen Tibulo (55-19), Propercio (50-15) y Ovidio (43-7 d.). Ninguno de ellos (los elegidos de los dioses mueren jóvenes) alcanza los 55 años: Tibulo apenas supera los 35; Propercio y Catulo no llegan a tal edad. Pero veamos los versos ovidianos (*Tr. IV 10, 51-54*):

*Vergilium uidi tantum nec auara Tibullo
tempus amicitiae fata dedere meae.
Successor fuit hic tibi, Galle, Propertius illi;
quartus ab his serie temporis ipse fui.*

Pude ver a Virgilio y me dieron mis hados propicios
ocasión de ser amigo de Tibulo.

Sucesor éste, Galo, fue tuyo y después de él Propercio
vino y yo por mis años vengo a cerrar la serie.

En cuanto a Galo, aun prescindiendo de atribuciones hoy descartadas, como la de la *Ciris* pseudovirgiliana, su aportación a la elegía, el cada vez más maduro género en que se fundía armoniosamente lo mejor de la tradición helénica —elegiacos arcaicos y helenísticos, epigrama clásico y helenístico, comedia, poesía bucólica—, provocó pronto elogios generales. Ovidio, sobre todo, expresa sus laudes no sólo en lo ya citado, sino en versos como éstos de *Am. I 15, 29-30* que le vaticinan admiración indistinta en tierras orientales y occidentales:

*Gallus et Hesperis et Gallus notus Eois
et sua cum Gallo nota Lycoris erit.*

Galo será conocido en Hesperia y Oriente
y con Galo se hará famosa su Licoris.

O éstos de *Tr. V 1, 15-16*, en que el dativo representa a la poesía erótica:

*Aptior huic Gallus blandique Propertius oris;
aptior, ingenium come, Tibullus erit.*

Mejor Galo en ella y Propercio el de suave palabra,
mejor el amable genio de Tibulo.

O este consejo de *Ars. am. III 333-334*:

*Et teneri possis carmen legisse Properti
siue aliquid Galli siue, Tibulle, tuum.*

También puedes leer un poema del dulce Propercio
o algo de Galo o bien algo tuyo, Tibulo.

O, para terminar, este solo verso precioso de *Rem. am 765*:

Quis poterit lecto durus discedere Gallo?

¿Quién podrá leer a Galo y seguir siendo duro tras ello?

* * *

Pero entre tanto se nos ha colado de rondón por segunda vez un nuevo personaje cuya azarosa vida se halla ya prefigurada por la multiplicidad de sus apelativos. Desconocemos el de origen, porque la bellísima esclava se apresuró a dejarlo logrando que uno de sus amigos, Volumnio Eutrápelo, la comprara y liberara con el onomástico Volumnia. Pero luego vinieron dos nombres de guerra: ante todo Citeris, con su amable eco de las artes de venus Citea; luego, en la obra de Galo, Licoris, que, con estructura métrica paralela a la del remoque erótico, permitía identificar bien a la destinataria de los versos. Los filólogos han creído ingenuamente que iban a poder reconstruir con facilidad su *cursus amorum*, sin tener en cuenta que en estos casos hay lapsos, recaídas, traiciones, *ménages à trois* y multitud de incidencias semejantes. En el caso de Licoris, paralelo todo ello a sus grandes triunfos escénicos, pues tenía dotes teatrales en que al parecer la inició el famoso Marco Antonio, del que se nos dice que la paseó por toda Italia en un carro tirado por leones. La *liaison* con él habría empezado el 49 o algo antes y teóricamente tendría que haber terminado el 47, ante el matrimonio del futuro triunviro con la temible Fulvia. Después habría venido quizá un bienio con Décimo Junio Bruto (no el austero Marco, con quien los antiguos le confunden), que tuvo que dejar Roma después de los idus de marzo del 44; y luego teóricamente, pero volveremos a ello, debería continuar la lucida procesión de amantes con Galo.

Licorea era un lugar cercano al Parnaso; existe un Apolo Licoreo. El nombre mismo elegido por Galo sirve, pues, para denunciar que no sólo había amor, sino también literatura en las relaciones con Licoris, cosa perfectamente normal en aquellos momentos de moda poética en la alta sociedad y el *demi-monde* romanos: obsérvese, por lo demás, que las amadas de Tibulo y Propercio son llamadas respectivamente Delia y Cintia, con alusiones a la isla apolínea de Delos y su monte Cinto. Pero además Licoris, a quien dio luego fama su amigo (cf., nuevamente con referencia a los dos extremos de la tierra, *Ov. Ars. am. III 537*,

Vesper et Eoae nouere Lycorida terrae,

a Licoris el Véspero y tierras de Oriente conocen,

tuvo por fuerza que ser muy inteligente.

* * *

Y éste es el momento de habérmolas con dos celebérrimos pasajes de Virgilio; y también de reconocer con gratitud nuestra deuda a *An Introduction to Vergil's Bucolics with a Critical Edition of the Text*, fundamental libro que acaba de publicar (Amsterdam, 1979) el muy competente latinista maltés Edward Coleiro. Allí podrá ampliarse mucho lo que sólo sugiero.

En la Bucólica VI, del 41 ó 40 probablemente, dedicada a Varo, de quien hay también mención en IX 26, canta el viejo Sileno, raptado *velis nolis*

por los maleantes mozos Mnasilo y Cromio. Los temas de su canto son muy variados: una especie de cosmología, Hilas, Pasifae, Atalanta, Faetonte, Escila, Filomela; y, en medio de ello, diez versos, los 64-73, consagrados a Galo. Diremos ante todo que parte de la crítica, como es usual, ha exagerado pensando (recuérdese lo que antes decíamos sobre Aristeo) que la égloga entera es un elogio del amante de Licoris y que los citados motivos son argumentos de otros tantos epilios suyos. Contra esto milita no sólo la improbabilidad de que, antes del año 28, Propercio haya cantado también a Hilas (I 20) exhibiendo su falta de originalidad respecto a un modelo tan cercano, sino, sobre todo, el hecho de que, por muy amigos que, como consecuencia de la aventura transpadana, fueran Varo, Galo y Virgilio, al primero le tendría que molestar que la dedicatoria a él fuera sólo teórica.

Oigamos sin más a Sileno:

*Tum canit errantem Permessi ad flumina Gallum
Aonas in montis ut duxerit una sororum
utque uiro Phoebi chorus adsurrexerit omnis;
ut Linus haec illi diuino carmine pastor
floribus atque apio crinis ornatus amaro
dixerit: «Hos tibi dant calamos, en accipe, Musae,
Ascraeo quos ante seni, quibus ille solebat
cantando rigidas deducere montibus ornos.
His tibi Grynei nemoris dicatur origo,
ne quis sit lucus quo se plus iactet Apollo».*

Luego cantó cómo a Galo, que a orillas erraba del Permeso, una Musa llevara a los montes aonios y alzóse ante un simple mortal todo el coro de Febo; y cómo le dijo el pastor de los cantos divinos, Lino, adornado el cabello con flores y amargo apio: «Las Musas te dan esta flauta que al viejo Ascreo ofrecieron antaño; cantando al son de ella a los rígidos fresnos hacia bajar de los montes. Relata con ésta el origen del bosque grineo y no habrá otro ninguno en qué más se deleite ya Apolo».

Galo vaga a orillas de un río cercano al monte Helicón, es decir, se halla todavía en los dominios de las Musas ligeras de la elegía; pero otra de las hijas de Mnemósine, despertando en él la inspiración epílica, le lleva a los montes de la Beocia natal de Hesíodo, que tuvo su cuna en Ascra, donde el cantor mítico Lino le obsequia con la flauta manejada por el gran poeta arcaico, que imitaba las hazañas del mítico Orfeo, y le incita a tratar un tema determinado. Cerca de la ciudad de Grineo, no lejos tampoco de Mirina, en la Eólida asiática, se hallaba un bosque consagrado a Apolo; y, según Servio (*Ecl. VI 72*), allí es donde disputaron los no menos míticos adivinos Mopso y Calcante, a lo cual añade, con el equívoco verbo *transtulit* a que al principio aludíamos, que Euforión (fr. 121 C.) trató igualmente dicho tema. Parece, pues, que Galo escribió, o pensó escribir, algo de más sólida enjundia épica y que Virgilio aprovechó un inciso en la égloga vática para inducirle a seguir una trayectoria parecida a la suya, pues también él pensaba dejar la bucólica por la geórgica y lo heroico.

Más aún, es hoy opinión general que fue Galo mismo quien trató ya el tema de su iniciación a la alta poesía por obra de las Musas, en lo cual no haría sino seguir a uno de los más notables poetas helénicos, Calimaco, que, en su desgraciadamente mal conservado fr. 2 Pf., correspondiente al prólogo de su larga obra *Las causas (Aitia)*, describía cómo

tuvo un sueño en el monte Helicón donde las Musas le aconsejaron que se dedicara a esa poesía con ciertas pretensiones que es la etiológica, consagrada a investigar los orígenes de ciertos mitos confusos o poco usuales; con lo cual no hacía sino imitar el conocidísimo principio (vs. 23-34) de la *Teogonia*, en que las Musas Helicónides, que previamente se han bañado en el Permeso, impulsan al pastor Hesíodo, ofreciéndole un florido báculo, a practicar la poesía en este caso cosmogónica.

* * *

Al respecto interesan mucho tres pasajes de Propertio. Ante todo los dos primeros versos del poema 1 del libro III,

*Callimachi Manes et Coi sacra Philetæ,
in uestrum, quaeso, me sinite ire nemus,*

permitidme, os lo ruego, pisar vuestros bosques, ¡oh, manes de Calímaco y artes de Filetas el coo!,

con que Propertio, a la hora de comenzar una sección más ambiciosa de su obra, se encomienda a Calímaco y al maestro de la poesía y Filología helenísticas, con más justeza denominado Filitas de Cos. Observamos también que, en un dístico aislado (II 10, 25-26),

*Nondum etiam Ascræos norunt mea carmina fontis,
sed modo Permessi flumine lauit Amor,*

aún no conocen mis versos las fuentes asreas; todavía en el río Permeso Amor los lava.

Propertio reconoce no estar maduro para la Musa hesiódica; pero más importancia tiene II 13. Leamos sus versos 1-16:

*Non tot Achaemeniis armantur Susa sagittis,
spicula quot nostro pectore fixit Amor.*

*Hic me tam gracilis uetuit contemnere Musas
iussit et Ascræum sic habitare nemus,
non ut Pieriæ quercus mea uerba sequantur
aut possim Ismaria ducere ualle feras,
sed magis ut nostro stupefiat Cynthia uersu:
tunc ego sim Inachio notior arte Lino.*

*Non ego sum formæ tantum mirator honestæ,
nec si qua illustris femina iactat auos:
me iuuat in gremio doctæ legisse puellæ,
auribus et puris scripta probasse mea.*

*Haec ubi contingerint, populi confusa ualeto
fabula, nam domina iudice tutus ero.*

*Quæ si forte bonas ad pacem uerterit auris,
possum inimicitias tunc ego ferre louis.*

No se arma Susa con tanta aquemenia saeta cuantas en mi pecho tiene Amor clavadas. El me prohibió desdeñar a tan gráciles Musas y me mandó habitar el bosque ascreo, pero no para hacer que me sigan las pierias encinas ni atraer a las fieras desde el valle ismario, mas por que mis versos asombren a Cintia; y sería mi arte ya más famoso que el del inaquio Lino. No admiro yo tanto la noble belleza o jactancia con que hable una ilustre mujer de sus abuelos: junto al seno prefiero leer de una culta muchacha y que apruebe mis versos su exigente oído. Entonces me río del vulgo y sus voces confusas: bien seguro el dictamen de mi dueña me deja. Y, si propicia a mis ansias de paz se mostrara, la ira del propio Jove soportar yo podría.

El elegíaco comienza y acaba, en una especie de composición anular, con dos viejos tópicos procedentes de la *Antología griega*, el de que son terribles las flechas de Cupido, comparadas aquí con con las del poderoso ejército persa, y el de que el enamorado feliz no tiene por qué temer ni siquiera a los dioses. Y, entre uno y otro, expresiones en que se refleja algo ciertamente distinto de los consejos de Virgilio y del afán de Galo por ascender de la poesía trivial a la seria. Aquí Propertio está dulcemente tutelado por una amante, Cintia, que por una parte le da disgustos, pero por otra le es utilísima como lectora inteligente (la particularidad del oído literario fino, literalmente *los oídos limpios*, está tomada a otra elegía helenística, la conservada en forma incompleta de Posidipo de Pela) que le da seguridad cuando el dictamen es positivo. Ahora bien, la muchacha, a diferencia de Virgilio, no le incita a remontar el nivel de sus poemas. Puede a veces el cantor, desde luego, asomarse al bosque de Hesíodo, aunque nunca llegará a las proezas del mítico Orfeo (Pieria es la región en que habitan las Musas y el ismaro un monte de Tracia, país natal del héroe); pero no debe desdeñar lo gracioso y ligero, que puede hacerle tan famoso como Lino, natural de Argos, donde había un río llamado Inaco. Y, sobre todo, lo importante es que esta mujer de buen gusto se quede estupefacta ante la calidad: el poeta no necesitará ya otro veredicto, diga cuanto diga el vulgo que nunca sabe lo que quiere. Reténganse estos conceptos para ser comparados más adelante.

* * *



Vaso de Portland (Peleo, Thetis y Afrodita) (?) British Museum.

Pero ahora volvamos a Virgilio, que completa el trío de la gratitud, después de las églogas IV y VI, con la X, ésta sí consagrada totalmente a Galo, el título de cuya obra ya dijimos antes que se menciona de modo concreto. Lo que ocurre es que otra vez los críticos han exagerado en su mirar con lupa estas cuestiones. ¿Puede pensarse que el inteligente, honesto Virgilio haya convertido su égloga en una especie de fácil centón de versos de Galo? ¿O que, si éste nunca escribió poemas compuestos sólo de hexámetros, lo que ignoramos, haya el mantuano perdido su tiempo en la especie de marquetaría poética que representaría el remendar pentámetros ajenos? Creemos que no y que, en todo caso, si Virgilio quiso esmaltar su bella composición con versos de Galo como especie de homenaje literario al amigo querido, esto solamente podría extenderse a 46-49, al margen del primero de los cuales anota Servio *hi autem omnes uersus Galli sunt de ipsius translati carminibus*, o, todo lo más, 44-49. Veamos, en fin, algo de esta égloga cuya fecha, dato importantísimo, parecer ser uno de los años 40 a 37.

Virgilio pide a la ninfa protectora de la poesía bucólica de tipo siculo que le ayude a componer la última de sus églogas, porque quiere complacer a Galo y ponerse al alto nivel estético de la competente Licoris (1-3):

*Extremum hunc, Arethusa, mihi concede laborem:
pauca meo Gallo, sed quae legat ipsa Lycoris,
carmine sunt dicenda: neget quis carmina Gallo?*

Concédeme el último esfuerzo, Aretusa, pues debo dedicar a mi Galo un cantar que la propia Licoris pueda leer: ¿quién será aquel que niegue poemas a Galo?

El amigo se halla envuelto en *sollicitos... amores* (6), muere atormentado (10) por un amor que no merece que se le tome tan en serio (*indigno... Gallus amore peribat*), yace abatido al pie de una roca desierta y en un escenario pastoril (11-20). El propio Apolo le da la mala noticia (22-23):

*«Galle, quid insanis?» inquit. «Tua cura Lycoris
perque niues alium perque horrida castra secuta est».*

Y dijo: «¿Por qué tal locura? Tu amada Licoris a otro sigue entre campos nevados y rústicas tiendas».

Galo canta en los versos 31 a 69. De momento, el desengaño ha provocado en él decisiones literarias (50-51):

*Ibo et Chalcidico quae sunt mihi condita uersu
carmina pastoris Siculi modulabor auena.*

Iré y los poemas que puse en calcídicos versos cantaré con la flauta que tañe el pastor de Sicilia.

Adiós, pues, el cultismo tan caro a Euforión de Calcis. Con la intelectual Licoris, que, a diferencia de Cintia, no apreciaba suficientemente la veta amorosa, han desaparecido las aspiraciones épicas. Y lo curioso es que muy poco después del año 40, el mismo Virgilio, que sigue pensando cada vez más en cambiar él de género acercándose a Hesiodo, aprueba la sobria decisión de este Galo tan querido (70-74) que empuña decididamente el cayado de los rústicos, sencillos pastores odiadores de las urbes:

*Haec sat erit, diuiae, uestrum cecinisse poetam,
dum sedet et gracili fiscellam textit hibisco,
Pierides: uos haec facietis maxima Gallo,
Gallo, cuius amor tantum mihi crescit in horas
quantum uere nouo uiridis se subicit alnus.*

Bastaráos, mis diosas, que tales canciones componga nuestro poeta trenzando un cestillo con grácil maluvisco: estos versos, ¡oh, Musas!, haced que le importen a Galo, pues hora tras hora su amor crece en mi alma cual un verde aliso que se alza en los meses vernaes.

¿Qué ha pasado, pues, con Licoris? Siempre supo el poeta que estaba unido a una mujer difícil; y cuando también Propercio, como Ovidio según antes vimos, se atreve ya a reivindicar algo la memoria del gran maldito, escribe así (II 34, 91-92):

*Et modo formosa quam multa Lycoride Gallus
mortuus inferna uulnera lauit aqua!*

El ablativo *formosa... Licoride* es arduo sintácticamente; pero no puede traducirse, entiendo yo, *tras morir por la hermosa Licoris*, pues ella era ya solamente un recuerdo en los días aciagos del suplicio, sino así el distico entero:

¡Cuántas heridas con agua infernal ha lavado Galo que le causara la hermosa Licoris!

También el poeta, como Adonis, descansa puro y tranquilo en el sepulcro. ¡Ya no sufrirá más mortificantes arañazos de su amada!

Escuchémosle a él mismo en los versos virgilianos X 44149, que Proporcio imitará de modo menos logrado en I 8:

*Nunc insanus Amor duri me Martis in armis
tela inter media atque aduersas detinet hostis.
Tu procul a patia (nec sit mihi credere tantum)
Alpinas, a, dura, niues et frigora Rheni
me sine sola uides. A, te ne frigora laedant!
A. tibi ne teneras glaciés secet aspera plantas!*

Pero ahora retiéneme Amor el cruel en las armas de Marte el feroz afrontando venablos hostiles mientras tú, de la patria muy lejos —¡si fuera el negarlo posible!—, las nieves alpinas, cruel, y rigores del Rin sola sufres sin mi: ¡no te dañen los fríos ni sequen los ásperos hielos tus pies delicados!

Lo que ocurre es algo muy banal. La caprichosa Licoris, mientras Galo está enredado en una de sus expediciones militares, ha marchado a Galia o Germania, en todo caso un país muy inhóspito, al menos desde el friolero punto de vista de un nativo de la Costa Azul, tras algún otro oficial más atractivo por el momento. Se ha escrito muchísimo sobre todo esto, pero los pormenores dependen de la fecha de la égloga X: si es del 37, como hay quien supone, la campaña de Galo pertenecerá a la guerra entre los triunviros y Sexto Pompeyo, que se desarrolló entre el 38 y el 36, y la del nuevo acompañante de Licoris será la realizada en dicho año por Agripa en Germania y Galia. Pero entonces resulta difícil saber quién era el agraciado por tal amor. Se han dado montones de nombres: Julio César, lo cual es un disparate; Marco Antonio, que no estaba en Galia desde el 43; su hermano Lucio, que no la

pisaba desde el 41; el eterno protector, Volumnio, que tuvo allí un cargo, pero el 43 también; Décimo Bruto, que no andaba por aquellas tierras desde el 45, etcétera.

En todo caso, Licoris debió de comprender pronto, entre tantas durezas de clima y ambiente, que había cometido una necedad; es posible también que estuviera *soja*, como dice el poema, porque el militar de marras se hubiera cansado de ella. El enamorado Galo vería en ello una esperanza de su regreso; y el fiel Virgilio prestaría gustosa ayuda a su empresa de recuperación. Todo ello sí, como es natural, se prescinde del donoso anacronismo según el cual la actriz habría ido al frente en calidad de *entertainer* como las estrellas que en los últimos decenios han visitado Corea o el Vietnam.

. . .

Y ahora cambiamos el Rin por el Nilo y, ya que estamos en la isla de Filas, donde erigió el prefecto su arrogante inscripción, remontemos el río sacro hasta trepar por la gran presa de Asuán y embarcarnos en el majestuoso lago Nasser; desde allí saludaremos a Dabod o Debod, de donde nos trajo Martín Almagro nuestro bello templo, y veremos, emergiendo en las nuevas aguas, los túmulos hoy insulares de algunas ciudades fortificadas antaño en las alturas. Una de ellas es la actual Qasr Ibrim (para alivio de tipógrafos suprimiremos siempre el punto bajo la *s* el circunflejo sobre la última *i* exigido por la ortografía árabe), que todavía conserva en su topónimo el recuerdo de la antigua Primis.

Nuestros magníficos guías en la visita serán tres competentísimos investigadores, los británicos R. D. Anderson, epigrafista; P. J. Parsons, gran papirologo y excelente amigo nuestro; y R.G.M. Nisbet, conocidísimo latinista, que acaban de publicar (*Journ. Rom. St.* LXIX 1979, 125-155) su ya desde hoy fundamental artículo *Elegiacs by Gallus from Qasr Ibrim*. En él se nos hace notar que el rico yacimiento, en que está excavando la Egypt Exploration Society desde 1963, muestra huellas de ocupación ininterrumpida durante 3.500 años, hasta que en 1811 fueron expulsados los mercenarios que el turco Selim I había establecido a primeros del siglo XVI. No es de extrañar, pues, que abunden allí los hallazgos de toda clase, ruinas, estelas y escritos redactados en todas las distintas variedades del egipcio, jeroglífico, demótico, copto y meroítico; en nubio medieval, árabe, turco y, claro está, griego y latín también como testimonios de la increíble empresa colonizadora de Roma: a este respecto anotamos la publicación hace cuatro años, en el *Journ. Zg. Arch.* LXII 1976, 115-130, del artículo *Greek and Latin Papyri from Qasr Ibrim*, obra de dos papirologos expertos, la señorita Marcia E. Weinstein y el maestro de ella y de todos, Eric G. Turner, donde se recogen los más importantes documentos hasta el número de cuarenta y contándose curiosamente entre ellos tres textos homéricos llevados hasta la remota guarnición en la mochila de algún soldado.

Pues bien, por procedimiento similar llegó a la antigua Primis un papiro latino que recibirá en su día los debidos honores en el museo de El Cairo. Son cinco fragmentos de regular calidad, correspondientes a un rollo cuyo dorso se halla en blanco y que, una vez encolados, han producido un trozo sin solución de continuidad, excepto una laguna en el

centro del verso 1 y un agujero fácil de rellenar en el 6, de 19,4 cm. de ancho por 16,3 de alto.

En cuanto a datación, las fechas se ofrecen bastante concretas. Por la ya varias veces mencionada inscripción de Filas sabemos que Galo realizó una expedición a las fronteras del sur en el 29, pero no es probable que quedara en Primis guarnición con motivo de ello; sí, en cambio, cuando, en 25-24, ya destituido y muerto Galo, volvió a aquellas tierras Cayo Petronio para reafirmar la presencia romana en aquella zona de influencia. Probablemente el 22, los Etiopes realizaron ataques que obligaron a volver a Petronio; el 21 ó 20 se firmó la paz con estos vecinos meridionales y lo más probable es que los soldados dejaran la ciudad. Esto quiere decir que el papiro habría llegado a Primis, también en el bagaje de algún militar, entre el 25 y el 20.

Por lo que toca a la escritura, es producto de una buena labor de copia libresca, con su mayúscula pequeña, pero muy regular, compuesta de letras bastante oblongas y que viene a ser una temprana anticipación de la capital rústica del siglo IV después de Jesucristo. El papiro no pudo ser escrito antes del 50, pues Galo no habría cumplido los veinte años; si la copia se verificó entre el 50 y el 30, fue hecha en Italia; a no ser que, ante el interés provocado entre la tropa por la presencia con ella de un general poeta, en Egipto se editaran sus versos entre el 30 y el 26, año de la *damnatio memoriae*. En todo caso, es un interesantísimo documento que se disputaría con el Pap. Herc. 817, fragmento de un poema *de bello Aegyptiaco*, el honor de ser el más antiguo manuscrito conocido de poesía latina.

. . .

Pero con esto hemos anticipado la gran sorpresa que tanta tinta hará correr en los próximos años: ¡versos por fin de Galo! Porque su autoría es indudable: Licoris aparece en ellos; la lengua es la que sería de esperar en tal escritor; la métrica, la correspondiente a quien escribe entre Catulo y Propertio; ciertas artificiosidades pueden explicar el *durior* de Quintiliano; la ortografía, que aquí «normalizamos», también es la previsible, de tipo transicional, con el anticuado *quom* frente a *cum* y, en cambio, el nuevo *maxima* frente a *maxuma* y con sus particularidades de aquel tiempo y de los sucesivos como *ei* por *i* larga (*spolieis, deiuitiora, tueis, deicere*) y *ka* por *ca* (*Kato*).

El fragmento conserva restos más o menos grandes de cinco poemas, de los que ante todo eliminaremos dos, unas letras mínimas de la segunda columna y una sola palabra del cuarto de la primera, *Tyria*, con alusión a Tiro, ciudad productora de la púrpura tan utilizada en tintorería. Con ello quedan nueve versos en la primera columna divididos en tres cortos cantos, más bien epigramas que pequeñas elegías, cada uno de los cuales está separado del anterior por un signo peculiar y de los que el segundo y tercero tienen cuatro versos, como muchos de la *Antología griega*.

Damos a continuación el texto, siempre siguiendo con fidelidad a los competentes editores incluso en añadir abusivamente, con los debidos signos críticos y especialmente en los principios perdidos de los versos 6 y 8, suplementos que ellos sólo apuntan de manera tentativa y dando generosamente a elegir entre varios.

. . .

Del primer poema sólo se conserva una línea, la 1, pero, con cierta imaginación, podría suplirse sobre ella otra que llamaríamos 0:

*[Tempora sic nostrae perierunt grata iuventae]
tristia nequit [ia fact] a, Lycori, tua.*

Pereció la sazón deleitable de nuestra edad moza:
tu crueldad, Licoris, [la llenó de] tristeza.

Melancólica queja ante los desdenes de la ingrata.

. . .

El segundo está completo salvo una letra omitida por el escriba:

*Fata mihi, Caesar, tum erunt mea delicia, cum tu
maxima Romanae pars eri (s) historiae
postque tuum reditum multorum templa deorum
fixan legam spoliis diuitiora tuis.*

Dulces entonces, ¡oh, César!, seránme mis hados,
cuando gran actor seas de la Historia romana
y leer pueda yo que a tu vuelta los templos de muchos
dioses se enriquecieron con botín que ofrendaste.

Galo sufre por causa de Licoris, como acabamos de ver; y también porque César le mantiene al margen de una gran empresa, frustrando así su deseo de gloria. Va a tener que leer las descripciones del triunfo. ¿Dónde, pues, está? Aquí profetizo que va a haber polémica en torno a las hipótesis de los editores. Según éstos, la fecha de este poema es el 45; Galo anda quizá por Hispania o por la Galia, tal vez ocupándose de preparativos para la fundación de la colonia en su nativa *Forum Iulii*. ¿Y quién es el César? No Octavio, sino Julio, asesinado tres días antes de su partida para una gran campaña contra los Partos que iba a vengar el descalabro de Carras, del 53, donde murió Craso, donde se perdieron humillantemente los estandartes que solamente el 19 iba a recuperar Augusto y donde, por cierto, según Plutarco (*Cras. XXXII 3*), también los soldados romanos llevaban ejemplares de las *Historias milicias* de Aristides en sus equipajes. ¿Y qué hace Licoris entre tanto? ¡Cualquiera sabe! El esquema de sus amores que dimos antes (Antonio, 49-47; Bruto, 47-44; Galo, desde el 44) es demasiado estricto: el 46, Cicerón (*Fam. IX 26, 2*) la ve cenando con Volumnio; el 45, también según él (*Phil. II 77*), Antonio promete a Fulvia que no la verá más; el 44, *Cytherius* es el remoquete que pone al futuro triunviro (*Att. XV 22*) nuestro malévolo orador. ¿Y por qué Galo no pudo simultanear o alternar con Antonio desde el 47?

. . .

Por último, en el tercer epigrama los editores reconocen honestamente no haber llegado a una solución

paleográfica satisfactoria, en vista de lo cual presento su texto con sus muy hipotéticas restituciones en los versos 6 y 8 y sin ningún suplemento en el 9, aunque nuestra traducción pueda dar un posible sentido; anotaré también que suprimo puntos debajo de las letras dudosas e incluso alguna de éstas:

*En mihi [i uix tandem fecerunt c [ar] mina Musae
quae possem domina dicere digna mea.
Quae si iam tes] tatur idem tibi, non ego, Visce,
] Cato, iudice te uereor.*

[He aquí que] por fin me inspiraron poemas las Musas
que pueda cantar como dignos de mi dueña:
[si ella] en esto [conviene], aunque tú me juzgares,
¡oh, Visco!,
[o acaso tú,] Catón, [la condena] no temo.

Visco es un crítico, probablemente el padre de los dos Viscos dedicados a igual menester según Hor. *Serm. I 10, 83*:

Et haec utinam Viscorum laudet uterque

Y ojalá los dos Viscos mis versos alaben;

y, en cuanto a Catón, probablemente es el Publio Valerio del que al principio tratamos. A Galo no le preocuparía nada un juicio severo de cualquiera de ellos si el buen gusto de Licoris, que conocía Virgilio, tan depurado como el de la Cintia properciana y que todavía aquí le importa, da su visto bueno a la obra recién terminada.

Porque además parece que hay indicios de que estas poesías estarían muy al final del rollo y, por consiguiente, del libro I de los cuatro de elegías de Galo. El perfecto *fecerunt*, con su aspecto peculiar de misión cumplida, recuerda los finales de libros que hallamos en Horacio (*Carm. III 30, 1*),

exegi monumentum aere perennius

creé un monumento perenne cual bronce,

u Ovidio (*Met. XV 871-872*),

*iamque opus exegi quod nec Iouis ira nec ignis
nec poterit ferrum nec edax abolere uetustas,*

terminé una labor que no pueden las iras de Jove
destruir ni ningún fuego o hierro o los años voraces.

Con ello el poema se nos revela como una especie de *sphragis*, término griego que define el usual sello personal puesto por el poeta al fin de sus cantos. La invocación a las Musas formaría otra vez composición anular respecto a aquella introducción de la que antes dijimos que, al principio del libro, declararía las intenciones de Cornelio Galo.